

## ¿Puede la fe acaso resolver los problemas económicos, la pobreza, el hambre? ¿No sería mejor dar menos importancia a la fe y más importancia a la acción?

**P**uestos a situarnos en el caso más extremo –y por tanto recurriendo a una vía extraordinaria–, la fe podría sin duda provocar un milagro por el que Dios resolviera de un plumazo los problemas económicos, la pobreza y el hambre del mundo. Sin embargo, no es ese el estilo de Dios ni su plan. Como se nos dice en el libro del Génesis, Dios ha encomendado el dominio de la tierra, es decir, el cuidado y desarrollo del mundo, a la familia humana (cfr. *Génesis* 1, 28). En ese sentido, el desarrollo humano, que engloba la resolución de los problemas a que nos referimos, es parte de la vocación humana según el designio de Dios.

Esta es la tarea que la Humanidad tiene asignada por Dios: los bienes de la tierra han de llegar a todos los hombres de todos los pueblos gracias al ejercicio de las virtudes humanas y cristianas (laboriosidad, fortaleza, templanza, justicia, caridad, solidaridad, etc.). Hay por tanto una suficiencia de bienes para todos condicionada al uso que hagamos de ellos.

Como explica el *Catecismo de la Iglesia Católica*:

«al venir al mundo, el hombre no dispone de todo lo que es necesario para el desarrollo de su vida corporal y espiritual. Necesita de los demás. Ciertamente hay diferencias entre los hombres por lo que se refiere a la edad, a las capacidades físicas, a las aptitudes intelectuales o morales, a las circunstancias de que cada uno se pudo beneficiar, a la distribución de las riquezas (Concilio Vaticano II, constitución *Gaudium et spes*, 29). Los “talentos” no están distribuidos por igual (cfr. *Evangelio según san Mateo* 25, 14-30; y *según san Lucas* 19, 11-27). Estas diferencias pertenecen al plan de Dios, que quiere que cada uno reciba de otro aquello que necesita, y que quienes disponen de “talentos” particulares comuniquen sus beneficios a los que los necesiten. Las diferencias alientan y con frecuencia obligan a las personas a la magnanimidad, a la benevolencia y a la comunicación. Incitan a las culturas a enriquecerse unas a otras» (nn. 1936-1937).

Lo que no forma parte del plan de Dios son las desigualdades escandalosas que podemos percibir, pues esas son efecto de no

haber dado una respuesta adecuada. Son efecto del egoísmo y la injusticia, de la pereza, del afán de acumulación, de la falta de amplitud de miras y de solidaridad, etc.

Desde esta perspectiva se puede responder a las preguntas propuestas: la fe suma una fuerza adicional al esfuerzo por solucionar los problemas económicos. No hay oposición entre fe y acción esforzada, sino todo lo contrario. Por la fe, los cristianos se saben llamados a trabajar codo con codo con los demás para solucionar esos problemas económicos. Y aunque los cristianos creen en una última intervención de Dios al final de los tiempos y en la vida de un mundo futuro sin los estragos del pecado, que en última instancia es la raíz del hambre y la pobreza, eso no les lleva a abandonar el esfuerzo por solucionar esos problemas, como si Dios fuera a proveer al margen de lo que ellos hagan. Lo explica muy claramente el Concilio Vaticano II:

«la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios» (Concilio Vaticano II, constitución *Gaudium et spes*, 39).

La fe no tiene la solución técnica para los problemas económicos del mundo, pero sí es capaz de suscitar la fuerza moral nece-

saria para buscar esa solución y empeñarse en ello sin desfallecer. El cristiano sabe que ese es el deseo de Dios y que también cuenta con su ayuda para lograrlo. La fe es como el motor que, oportunamente ensamblado en el avión, puede hacerlo volar. Pero eso no es suficiente: hay que aprender a pilotar y también pensar por qué ruta se puede llegar al lugar de destino. ■

**Para saber más:**

Catecismo de la Iglesia Católica,  
1928-1948.

Gregorio Guitián